EL SOCIALISMO

¿ES UN SIGNO DE DECAIMIENTO DE LA SOCIEDAD O UN SISTEMA DE PROGRESO?

Señores:

Voy a resumir esta larga, esta importante, esta trascedental controversia. Nunca he sentido un dolor tan vivo y tan profundo al considerar la escasez de mis fuerzas y la debilidad de mi inteligencia, como esta noche, en que elevado a este sitio, ajeno a mi carácter y superior a mis merecimientos, por la benevolencia inagotable de la sección, debo resumir esta maravillosa controversia, signo seguro del progreso de los espíritus y del apogeo de nuestra revolución literaria, la cual es como el sazonado y regaladísimo fruto de aquella otra revolución política, que iniciaron al ìragor de la guerra de la Independencia nuestros gloriosos padres; soldados, que recabaron el pátrio hogar por extranjera gente profanado; legisladores, que

rompieron la cadena de la servidumbre, caída sobre los hombros de nuestro pueblo, en el instante en que, saliendo del seno de la Edad media, encontraba en su mente fuego para iluminar un nuevo mundo, para vivificar una nueva creación; filósofos, que levantaron la pesada losa que aplastaba el cerebro de nuestra raza, para que nosotros, sus hijos, pudiéramos, sin temor ni a las persecuciones ni a los calabozos ni a las hogueras, consagrarnos a leer los enigmas de la ciencia, y a sondear los abismos del espíritu, conquista titánica, que exige de la generación venturosa que la posee y la disfruta un recuerdo, una lágrima de gratitud para aquella otra generación desgraciadísima, que supo alcanzarla, arrostrando las iras de los tiranos, las inclemencias de la emigración y hasta la deshonra del cadalso, sin alcanzar más premio que inscribir su preclaro nombre en el eterno martirologio de la libertad y del derecho. *(Aplausos)*.

Señores: El Ateneo, que cualquiera que haya sido su idea política, siempre se ha levantado con nuestras venerandas libertades, y con nuestras venerandas libertades ha caído; el Ateneo, que señala en sus cátedras, en sus bibliotecas, en sus academias, todas las fases del espíritu moderno; el Ateneo, la primer corporacion científica de nuestra patria sin desdoro sea dicho de las corporaciones oficiales, que han perdido por las ideas de nuestro siglo gran parte de su poder y toda su antigua influencia, el Ateneo, con una tolerancia digna de los pueblos más libres de la tierra, convencido de que el progreso de la ciencia tiene por base la renovación constante, contínua de las ideas, ha abierto sus puertas a las nuevas generaciones; ha apercibido sus altares para recibir el fuego de la nueva vida; y nosotros debemos agradecérselo, demostrando que conservaremos, si es posible, la pureza del culto, y aumentaremos el respeto debido a este sagrado templo de la ciencia. *(Bien, bien)*.

Señores: Mi situación en esta noche es dificultosísima. Yo no puedo hacer un resumen histórico de la discusión, porque no he asistido a todas las secciones, y tendré que limitarme a pronunciar un nuevo discurso. No necesito decir, porque mis ideas son conocidas, con quién está mi inteligencia en la tal controvesia; pero sí necesito decir que con todos está mi corazón y que guardo muy especialmente para aquellos que han disentido de mis ideas, toda mí consideración y todos mis respetos. Señores: para resumir esta discusión. necesitaría tener las cualidades que se hallan en todos los que en ella han tomado parte; necesi-

taría ese respeto, ese amor filial que a los tiempos antiguos tiene el señor Malo, cuya inteligencia, como esas aves queridas y respetadas en la imaginación y en la memoria de los pueblos, sólo acierta a fabricar sus nidos en las sombrías bóvedas de los panteones, o en las caladas agujas góticas de las iglesias. *(Estrepitosos aplausos.)* Necesitaría el númen, la armonía que ostententa en los períodos el señor Alcalá Galiano, digno individuo de una preclara familia de oradores; necesitaría el inagotable ingenio del señor Marichalar; necesitaría los profundos conocimientos históricos y literarios, el rigor científico del señor Maldonado Macanaz; necesitaría el claro conocimiento que de la economía tiene el señor Bona; necesitaría verme también hallado con los tiempos que corren, tan en paz con las instituciones que viven, tan dispuesto a reconocer el ideal de la justicia en los gobiernos representativos como el señor Capalleja, que ve la realidad del bien sólo en la realidad de la vida, privilegio reservado a las inteligencias positivas y plásticas; necesitaría haber entrado con gloria en nuestras academias y en nuestras asambleas, haber recogido larga cosecha de laureles en todas las discusiones que han ocupado por espacio de veinte años la mente de nuestra patria, abrazar las esferas de la vida y

de la ciencia como el señor Morón, cuya inteligencia es tan rica en ideas como en séres naturaleza: necesitaría poseer esa inmensa catarata de imágenes, de pensamientos, que todos hemos visto descender entre tinieblas a lo profundo, levantarse a las alturas en plateadas vaporosas gasas, descomponiendo en todos sus matices los rayos del sol, entrar en su lecho de flores reflejando la hermosura de los cielos, perderse en el inmenso Océano, catarata que todos hemos oído desprenderse de la rica mente del señor Moreno Nieto, con la misma religiosidad, con el mismo entusiasmo con que nos cuentan Chateaubriand y Heredia que oían la fragosa música de los inmensos caudales del Niágara *(aplausos)*; necesitaría la táctica científica, el rigorismo dialéctico, la larga experiencia, la universalidad de conocimientos del señor Mata; necesitaría llevar en mi alma esa armonía que lleva el señor Echegaray, el cual enlaza las ideas con los hechos, las leyes de la economía política con las leyes del espíritu, con una elocuencia portentosa; necesitaría traer aquí la primera florescencia de la vida y de la imaginación como el señor Moret, cuyas ideas están perfumadas de un aroma tan puro como el que despiden las primeras olorosas flores que abren sus cálices al comenzar la primavera; necesitaría esa palabra dul-

ce, encantadora, del señor Sanromá, que deja una estela inestinguible en el alma; necesitaría la lógica inflexible del señor Rodríguez, lógica de dos filos, que aniquila a los enemigos, y, levantándose sobre los abismos de la ciencia, los ilumina como una espada de fuego; necesitaría conocer las leyes de la filosofía y de la historia como el señor Suárez, que parece haber conversado con los sabios de todas las edades, según la profundidad de sus pensamientos; necesitaría esa facultad que tiene el señor Moraita de hacer visibles, claras, palpables, las ideas más abstractas; facultad propia de las inteligencias brillantes y límpidas; necesitaría conocer el desarrollo de la idea del derecho en el espíritu por medio de la filosofia, y en el espacio por medio de la historia; la idea del derecho, que es la más alta y elevada de la ciencia moderna, como el señor Alzugaray; que ha consagrado a esa idea un talento sin sombras y una vida sin mancha; necesitaría ese inmenso, ese profundo espíritu del señor Canalejas, espíritu filosófico, que enlaza y sistematiza las ideas como la atracción enlaza los astros; y con todas estas cualidades, tan varias, tan brillantes y multiformes, que no puede reunir un solo hombre, que acaso no reuna toda una generación, pronunciaría un discurso que fuera como la centelleante corona de esta magnífica obra. (*Aplausos.*)

Señores: El problema del socialismo que habeis dilucidado, es el problema sin duda más grave de los tiempos modernos; es el problema de la ciencia, es la esfinge que Dios ha levantado al frente de la civilización, y que espera todavía la palabra que ha de descifrar sus enigmas. Yo, señores, creo que por el carácter particular del siglo XIX, el problema del socialismo no será resuelto por la inteligencia de un solo hombre, sino por el concurso de todas las inteligencias. Pasaron para no volver aquellos tiempos, en que un hombre resumía todo un siglo, personificaba una idea, condensaba una civilizacion, como Budda representó la transformación de la India, y Zoroastro la teología y el gobierno de la Persia, y Moisés el tránsito del pueblo hebreo del estado nómade al estado civil, y Sócrates un cambio radical en toda la dirección de la vida y de la ciencia, y Alejandro la muerte de la Pitonisa de las naciones, que lega su alma al Oriente, y César el problema social de Roma, y Cicerón la incertidumbre de la filosofía de su siglo, y Constantino en el mundo pagano convertido a la nueva fe, y Juliano el gnosticismo griego, y Atila y Alarico la condensación de la barbarie, y San Isidro las pavesas que la ciencia antigua y de la civilización

clásica quedan en Europa después de las irrupciones de los bárbaros, y Santo Tomás, el Dante, Alfonso X, el arte, la ciencia y el derecho en la Edad Media, y Lutero el siglo décimo-sexto, y Voltaire el siglo décimo-octavo; grandes y absorbentes personalidades, que se alzan en los desiertos de la historia como esos inmensos colosos medio cubiertos de arena que el viajero encuentra en las soledades del Asia y del Africa, y que testifican los vestigios de civilizaciones borradas por el constante soplo de los siglos. (*Aplausos.*) Pero nuestra edad, señores, nuestra edad es esencialmente niveladora, y por el influjo de la imprenta diaria, esta gran institución que extiende y populariza la ciencia, por las asambleas políticas que han mostrado a los ojos más vulgares los secretos guardados antes en las academias; en las universidades y en las bibliotecas; por la consideración igual que van adquiriendo todas las clases; por las dilatadas esferas que la libertad ha abierto al pensamiento; por la virtud de estas discusiones en que los espíritus se chocan y despiden toda su luz para que no quede ningún secreto, ningún misterio en el fondo de la conciencia humana; por los maravillosos descubrimientos de las ciencias exactas, que han puesto en nuestras manos el vapor, la electricidad, y han rendido a nues-

tras plantas la antes indómita y rebelde naturaleza; por todas estas leyes de nuestra vida, que nadie puede ni olvidar ni desconocer, se igualan los derechos, se nivelan las inteligencias; y ya no hay hombres que representen un siglo, ya no hay monarcas intelectuales, ya no hay aristocracias científicas; pero hay lo que es más, lo que vale más que todo eso, hay la contínua comunión de la ciencia en todas las almas, el eterno descendimiento del espíritu de la verdad sobre la frente de todos los hombres. (*Estrepitosos aplausos.*)

No esperéis que el problema social sea resuelto por ningún teólogo, por ningún filósofo, no; el problema social será resuelto por todos los hijos del siglo décimo nono. Esta es la importancia de la discusión que ocupa hoy la mente del Ateneo.

Vuestro tema ha consistido en averiguar si las escuelas socialistas son síntomas de progreso, o si lo son de decadencia. Yo creo que todos los que han hablado, o casi todos los que han hablado en esta discusión, han convenido en que, lejos de ser el socialismo un síntoma de decadencia, es una señal de progreso. En efecto, señores, no mueren las sociedades que se agitan y piensan mucho, no mueren las sociedades que se lanzan en pos de un ideal, por quimérico que parezca; no mueren las sociedades que hieren con su trabajo la

tierra, y con sus clamores el cielo, para encontrar nuevas fuentes de vida, no, señores; las sociedades que mueren y desaparecen son las que se entregan a estúpido fatalismo, las que no piensan ni sienten, las que se dejan caer en la indolencia, las que como cuerpos muertos interponen obstáculos insuperables en la carrera del progreso; las sociedades sobrecogidas por la atonía, como le sucedió al imperio griego en su última hora, como le sucedía al inmenso imperio español en tiempo de Carlos II. Y esto es tan cierto, señores, que los períodos sofísticos, en que abundan las escuelas quiméricas, vienen a preceder siempre a las grandes verdades religiosas, filosóficas, políticas, y sociales.

El espíritu humano no es absoluto, no es infinito, y para encontrar la verdad necesita trabajar, porque la verdad es el premio del trabajo. Así, antes de hallar la idea, que es el objeto de su actividad, el fin de su movimiento, cae, se levanta, toma sendas tortuosas, se pierde, se oculta en las ondas de los hechos más contradictorios, se desalienta, agota su idea, su esencia, como el labrador empapa con su sudor la tierra para que brote la semilla, y el industrial descompone mil cuerpos y agita sus fuerzas para formar una nueva máquina y encontrar en ella una nueva fuerza. (*Bien, bien.*)

Señores: Si dudáis de esto, poned conmigo los ojos en las épocas más grandes y más trascendentales de la historia universal, en esas épocas que señalan un cambio total en el espíritu de la humanidad.

El más gran movimiento filosófico de la historia, es el que personifica Sócrates; y el más gran movimiento religioso, el que inicia Jesucristo: y el más gran movimiento teológico, el que concluye con el concilio de Nicea, y el más gran movimiento científico, el renacimiento; y el más gran movimiento político, la revolución francesa. Pues bien: a todos estos movimientos han precedido grandes escuelas sofísticas, grandes escuelas utópicas.

La escuela sofística griega, señores, disolviendo todo lo que había de objetivo en la sociedad, las verdades más universales, los principios más admitidos, las costumbres más arraigadas, negando las cosas y los seres en sí, haciendo del hombre el número y la medida de todo el universo, presentando las contradicciones de la percepción sensible y la impotencia absoluta de los sentidos para llegar a la verdad, refiriendo todas las cosas al sujeto y todas las ideas a la opinión particular del individuo, envolviendo en el polvo de las ruinas por ellas hacinadas todos los antiguos ídolos,

negando con su fina crítica todos los anteriores sistemas, disolviendo hasta el mundo material, preparan aquel instante en que el espíritu se siente a sí mismo, se aparta de todo lo que es ajeno a su naturaleza, se conoce como ser en sí independiente del mundo, superior al mundo, centro de la vida, base de la ciencia; instante que personifica admirablemente Sócrates, el cual, después que predica la verdad y la justicia, y levanta la razón sobre todos los dioses, y la conciencia sobre todos los oráculos, cuando el génio de lo pasado, que se siente herido y lo quiere aniquilar, reclina blandamente la cabeza en el seno de la muerte como en cariñoso maternal regazo, seguro de que vá a dejar en los que han de sucederle, además del conocimiento de sí, con su doctrina y con su ejemplo la esencia más pura de su vida y de su alma. Y lo que sucede en el más gran período filosófico, sucede en el más gran período religioso. Al mismo tiempo que aparece Jesús, poco antes de aparecer en la tierra aparecen sectas que intentan despertar el amor al prójimo en el corazón de los pueblos orientales, matar el egoísmo de la raza semítica, abrir nuevas fuentes de consuelo a la humanidad en su conciencia, santificar el dolor y la miseria, caminar por la vida como por un sendero de espinas, allegar sus discípulos entre los

más humildes y los más pobres; y si bien, apartándose del sentido social y aún religioso de los hebreos, perdiéndose en el seno de los áridos desiertos, al buscar un nuevo Dios en la conciencia humana encuentra los errores de los seleúcidas, de los alejandrinos y de los gnósticos, preparan, sin embargo, con el aroma de las esperanzas mesiánicas, al corazón a recibir el consolador bálsamo de la verdad religiosa.

Y lo que sucede en el más gran período religioso, sucede en el más gran período teológico. Las escuelas gnósticas, mezclando todos los cultos, confundiendo todas las ideas, el Dios de Platón con el panteismo materialista de la India; la kábala judía con el espíritu divino del Evangelio; las armonías pitagóricas de los mundos y las esferas con la sublime unidad del Dios bíblico, que se levanta sobre las esferas y los mundos: las mil formas ligeras, graciosas, que como transparentes gasas revisten los dioses paganos en la superficie de la naturaleza, con la encarnación del espíritu divino en el Verbo; las balbucientes palabras que desde sus trípodes pronunciaban los oráculos moribundos, con las verdades más claras y matemáticas de los estoicos; el asceticismo oriental, rígido y severo, que se esconde en el fondo de las cavernas, que toma por compañeros los brutos del

desierto, que se macera y se martiriza con el epicureismo griego, coronado de verbena, centelleante de alegría, tendido en lecho de rosas, rebosando de su copa de oro aromático vino y de su corazón el placer; el dios-naturaleza con el dios-espíritu, Grecia con Roma, Roma con Alejandría, Alejandría con el cristianismo, el cristianismo con todos sus propios delirios e ilusiones, mezclándolo, confundiéndolo todo, levantan a los ojos de la teología pavorosos problemas que la teología resuelve, y preparan aquel sublime instante de la historia, en que los mártires de la nueva religión, los perseguidos por todos los poderes, los atenaceados en todos los tormentos se reunen triunfantes en un rincón de la tierra; y antes que el Capitolio, que ya cruje, se desplome, antes que los bárbaros, que ya ahullan, atraviesen el Rhin y el Danubio con sus teas encendidas en la mano *(bien, bien)*, escriben el dogma de la nueva edad, el símbolo de la fé, que han de repetir todas las generaciones, que ha de resonar eternamente bajo las bóvedas de nuestras iglesias, que se ha de extender hasta los últimos horizontes del tiempo, hasta los últimos linderos del espacio. (*Aplausos.*)

Señores: Y lo que sucede en el más grande período teológico, sucede también en el más grande período científico. El espíritu humano al rayar

el renacimiento, anda errante, cayendo y levantándose, tomado de una embriaguez *divina* que decían los antiguos; y como fuerzas contrarias le solicitan, ora cae en la duda, ese sarcasmo del alma; ora se levanta al cielo en alas del misticismo; señores, del misticismo, que es la evaporación de nuestro espíritu; ora se hunde en el fondo de la naturaleza como piedra arrojada al seno de los mares; ora llevado de un sentido aventurero y romántico recorre todas las esferas en pos de un motivo de lucha y de combate; y siempre en la incertidumbre, siempre en la decisión, ya se abraza al pie del Crucifijo y permanece allí inmóvil como austero cenobita; ya se sorprende y se deslumbra al ver la estatua clásica medio desenterrada del polvo con el cántico de los antiguos poetas en los labios, y toma por su única divinidad tanta hermosura; ya explica en los jardines de Florencia, al dulce murmullo del Arno, la doctrina que el más sublime de los filósofos antiguos explicaba absorto bajo el plátano del Pireo, ya vuelve los ojos al Arsitóteles descubierto por los árabes y santificado por los doctores de las escuelas; y esta crisis extraordinaria, en que la ciencia es como una galería de espectros iluminada por fuegos fatuos, y el universo como un inmenso laboratorio de alquimia, en que todas las

substancias hierven y se evaporan, y se volatilizan (*bien, bien*), anuncia ¿qué digo anuncia? engendra aquella edad venturosa, verdadero Thabor del espíritu humano, en que el hombre desentraña los secretos de la naturaleza, oye el movimiento de la tierra, mide con el péndulo en la mano el camino que nuestro planeta lleva en su carrera triunfal por los infinitos espacios (*bien, bien*), descubre nuevos mundos ocultos en el seno del Atlántico, necesarios para la renovación de la vida en este instante de la renovación del espíritu, y aplicando la imprenta al pensamiento, lo eterniza y lo extiende sobre todas las frentes, y aplicando la brújula a la navegación, domeña los mares, y aplicando el telescopio a las estrellas, lee sus antes indescifrables enigmas, y aplicando la pólvora a la guerra, taladra con la bala del pechero la coraza feudal, y aplicando las matemáticas a la táctica, pone en vergonzosa fuga los ejércitos señoriales, y aplicando, por último, la libertad al espíritu, lo levanta, lo trasforma, lo engrandece y lo prepara para recibir en su seno la santa idea del derecho, que va a ser como el eje de toda la historia futura, como el resumen de toda la ciencia. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Y, señores, lo que sucede en el más gran período científico, sucede en el más gran período político. Aquellos filósofos ligeros, excépticos, que se burlaban de Dios y de sus manifestaciones en el tiempo; que creían mentira toda religión, engaño toda fe, que menospreciaban los sacrificios más nobles de la naturaleza humana, la muerte gloriosísima de Juana de Arco, el martirio de los primeros héroes del cristianismo; que tenían en poco lo que más debían apreciar, los descubrimientos de la química y de la geología, y hasta los progresos de la idea del derecho en su tiempo; aquellos filósofos, siempre con la sonrisa del desprecio en los labios y la duda en la mente, engendran una edad de grandes sacrificios, de heroismo, de fe grandiosa, que rayaba en fanática, aquella edad, en que cae para siempre en el polvo el derecho divino de los reyes y se levanta el derecho humano de los pueblos. (*Aplausos.*)

Pues bien, señores; así como el más gran período filosófico de la historia está precedido por los sofistas, y el más gran período religioso por los esenios y terapeutas, y el más gran período teológico por los gnósticos, y el más gran período científico por los iluminados y los alquimistas, y el más gran período político por los enciclopedistas; el más gran período social; el que ha de resolver todos los problemas económicos; el que ha de grabar indeleblemente la idea del derecho en

la conciencia humama; el que ha de convertir el antiguo Estado, aquel mónstruo que vivía de la vida de todos los hombres, en una institución destinada a realizar la justicia; el que ha de resolver la antigua contradicción entre el individuo y la sociedad en una armonía viva; el que ha de acabar la guerra de las clases en una paz perpétua; el que ha de encerrar cada indivíduo en su derecho y cada nación en sus límites; el movimiento que ha de obrar estas maravillas, se encuentra precedido por las escuelas socialistas, que si bien erróneas, son un esfuerzo, un trabajo para llegar a la verdad, y el esfuerzo del hombre nunca queda sin resultado, y el trabajo del hombre nunca queda sin premio.

Y si no, señores, mirad el largo camino de las ideas socialistas, y veréis cómo apartadas en un principio de todo ideal humano, van poco a poco, por su esfuerzo propio, por su natural desarrollo, acercándose a los eternos principios en que descansan las sociedades. La primer manifestación del socialismo en nuestro tiempo ha sido una teología. Comienza por donde han comenzado todas las ideas nacientes, por envolverse en el misterio, por ocultarse entre los resplandores del cielo. Una revelación era su esencia; una iglesia su forma; la jerarguía su organismo, la teocracia

su gobierno; la casta su principio social; la comunidad de las fuerzas, del trabajo y del producto, su principio económico; la sujeción de todos a la sociedad y de la sociedad a Dios, su principio político; organización, señores, que si bien se decía ideada y convertida al bien de los menores, de los infelices, de los proletarios, resucitaba aquellos antiguos imperios asiáticos en que la religión, descendiendo de la conciencia al gobierno práctico de los pueblos, señalaba a cada individuo su trabajo y a cada trabajo su premio, y revindicando para sí todos los derechos y todas las propiedades y todas las fuerzas, ataba a unos a los pies de los altares, a otros a sus instrumentos de labranza, a otros a la cola de sus caballos de guerra, y quitaba al hombre la libertad, único elemento que conserva y purifica y engrandece la vida, como los vientos agitando y revolviendo las olas conservan pura el agua de los mares, que de otra suerte se corrompería y corromperían todo el universo. *(Grandes aplausos.)*

El socialismo tomó una tendencia más positiva y más práctica, como toda idea que crece y se desarrolla; de una teología, pasó a ser una cosmología. Nada más armonioso a primera vista que esta reforma, que así tocaba al mundo material como al espíritu. Dios reparte su ser al